

**SIMEÓN RIERA, José Daniel:** *El mite d'Àfrica. Els exploradors vuitcentistes i la seua visió de l'alteritat africana*. Valencia: Universitat de Valencia. 2007, 306 pp.

Sin duda, una de las imágenes más evocadoras del colonialismo es la del explorador aventurero. A comienzos del siglo XIX, África era todavía el continente ignoto, desconocido excepto en sus costas, que comenzó a ser explorado a partir de los grandes ríos y de los desiertos. Por ello, estas exploraciones devinieron en un método de conocimiento importante, básico. Los Estados con proyección colonialista necesitaban tales informaciones para saber donde dirigir sus esfuerzos para hacer más rentable la empresa conquistadora, ganar prestigio internacional en el competitivo contexto de la época y favorecer a sus ciudadanos. (Cfr. P. George: *Los métodos de la Geografía*. Barcelona. Oikos Tau. 1973, pág. 15) Pero además el conocimiento en sí mismo resultaba atractivo y muy excitante y no cabe duda, que los mundos exóticos que se abrieron al europeo proporcionaron, además de muchos temas para la imaginación de las masas populares en un momento de creciente ampliación de los medios de comunicación multitudinarios, un objeto de conocimiento que estimuló el desarrollo de nuevos campos del saber, como la Geografía –quizás– como ejemplo más significativo.

Partiendo de esta premisa, el historiador edetano Simeón Riera –consciente de que tanto la historia de las exploraciones como la de la expansión colonial decimonónica en África son temas bien conocidos y mejor estudiados– ha preferido centrarse en la indagación de cómo África y los africanos, transformados en los arquetipos de la alteridad negativa, se convirtieron –a juicio del autor– en el último capítulo de la larga historia comenzada con la era de los descubrimientos en el siglo XV, cuando el europeo utilizó al hombre de ultramar como la plasmación concreta de la cruz o del revés de su personalidad. Ya desde siglos anteriores, Europa venía forjando con precisión de orfebre la imagen de África y de sus pobladores, y esta imagen queda definitivamente pulida y perfilada en la época del imperialismo, desde la arrogancia que le proporcionaba al europeo colonialista su pensamiento racionalista y profano, su elitismo clasista y su superioridad tecnológico-militar. Una imagen invertida a la del hombre blanco, esperpéntica –en el más puro sentido valleinclanesco, que afirmaba la identidad del europeo– del europeo culto, refinado, civilizado e inteligente– por contraposición con la del africano. Si América constituyó la alteridad, fue el espejo en el cual se contempló el hombre del Renacimiento, África será donde el europeo del siglo XIX cobraría conciencia de sí mismo; el continente africano pasó a ser el Mister Hyde donde se contemplaba horrorizada y fascinada a la vez la Europa burguesa. En el largo camino de su autoconstrucción ideológica, la Europa decimonónica del progreso, las dos revoluciones industriales y de las máquinas necesitaba mitos, y el «continente oscuro» se los iba a proporcionar con creces. Podemos decir, pues, que la idiosincrasia, la estructura conformada del mundo contemporáneo occidental crecerá en medio de una situación concreta de choque cultural, fundamentada –arguye Simeón– sobre el menosprecio hacia las culturas africanas descubiertas y sometidas por los hijos de la Razón, del Progreso y la Tecnología.

Los libros redactados por exploradores y viajeros que desvelaron el «continente tenebroso» –parafraseando a J. Conrad– acabaron por «recrear» o inventar África y a sus habitantes como un todo monolítico que resumía antiguos arquetipos, como el de la degradación del «homo sylvestris», ahora representado –indica el autor– por el africano. Por lo tanto, el relato de viajes, que con sus particularidades como género ya definidas, nace en el siglo XVI y expresa el gusto del europeo –ávido de emociones y aventuras– por todo lo exótico y lejano, servirá al lector para confirmar desde la comodidad de su hogar, la existencia real del Otro, mediatizado y adulterado por la mirada del viajero, un Otro que le llenará de horror y de miedo. Ambos, lector y autor, no harán sino recrear mediante la escritura y la lectura, las particulares fantasías que necesitaban para seguir siendo lo que creían ser. Centenares de exploradores y de viajeros, los cuales ya partieron hacia su destino con una visión preconcebida heredada de siglos anteriores y de las corrientes filosóficas de su tiempo, serían los que proporcionarían los materiales últimos para rematar el suntuoso edificio de la ‘alteridad africana’. Éste es el objetivo fundamental del estudio de Simeón Riera: el análisis del proceso de auto-reconocimiento de la Europa burguesa erigido sobre la invención de una fantasmagoría negativa denominada «África», una quimera forjada con los testimonios de los que descubrieron aquella tierra y a sus gentes. Porque, como ya señalaba J.J. Rousseau, los libros de viajes nos enseñan más cosas sobre los que los escriben que sobre los que son descritos; más sobre el mundo que mira que sobre el que es examinado.

El mito del «continente oscuro», como lo denominó Stanley, sirvió para reformular el arquetipo del héroe que necesitaba la burguesía y que encarnará el explorador; para inventar tanto la antropología, una ciencia, según Simeón, lastrada en sus orígenes por sus discursos evolucionistas y racistas como para pergeñar la literatura de aventuras, origen ambas de mitos que, bajo el disfraz de la ciencia y del arte, proporcionarían a la nueva clase dominante la certeza de su existencia y la seguridad del lugar hegemónico y preponderante que ocupaba en el universo biológico, intelectual, social y moral; para reforzar el clasismo frente a un abominable africano de color/ser inferior/proletario; para poner en práctica el colonialismo, enarbolar la causa del patriotismo y satisfacer –como han dejado establecido notables historiadores de la Inglaterra victoriana– el deseo redentorista inherente a una cierta tradición cultural multiseccular europea que a juicio del historiador valenciano, contempla la existencia como una dualidad radical partida sin remedio entre Nosotros/ la Verdad y los Otros/el error; en fin, para alimentar la «Weltanschauung» del burgués. También sirvió reiteradamente como oscuro objeto del deseo –bajo la forma mítica del Paraíso Perdido– de aquella cultura reprimida y represora que se quería y se creía radicalmente racional, inmaculadamente civilizada, pero que nunca pudo olvidar –en la época colonial– su «yo» veleidosamente irracional y maldito que África le recordaba con inquietante insistencia.

En suma nos encontramos ante una obra de gran envergadura, minuciosidad en la investigación y enorme claridad conceptual, que ahonda en el conocimiento de aspectos –si hasta ahora no inéditos, si por lo menos mal conocidos o interpretados– de la historia

del colonialismo europeo. Simeón utiliza un denso lenguaje filosófico, aún tratándose de un autor de formación estrictamente historiográfica, que le permite desprejuiciarse de las miradas habituales y más recorridas sobre este contexto histórico, y ello le posibilita convertirse en el apasionado viajero de unos apartados nuevos del fenómeno imperialista que se abren sugestivos ante los investigadores. La edición realizada por la Universidad de Valencia está muy cuidada y repleta de documentos gráficos.

**Francisco Manuel Pastor Garrigues**

*Investigador. Valencia*

**AGIRREAZKUENAGA [ZIGORRAGA], J[oseba]; ALONSO [OLEA], E[duardo J.]; GRACIA [CÁRCAMO], J[uan]; MARTÍNEZ [RUEDA], F[ernando]; URQUIJO [GOITIA], M[ikel] (Dirs.):** *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia (1876-1939)*. Vitoria. Gasteiz: Ed. Eusko Legebiltzarra/ Parlamento Vasco. Euskal Azterlan Bilduma/ Colección Estudios Vascos. 2007, 3 vols.

Magno esfuerzo (2.834 pp. en un tomo con 3 vols.) a cargo de los coordinadores y de otros siete investigadores (Gregorio Castaño San José, Josu Chueca Intxusta, Ander Delgado Cendagortagarza, Jon Penche González, Jose Antonio Pérez, Carlos Rilova Jericó y Susana Serrano Abad) que nos ofrece completas y bien documentadas biografías de los parlamentarios vascos durante el dilatado y denso periodo histórico comprendido entre 1876 (primera legislatura de la Restauración y promulgación de la Constitución canovista, hasta el momento la de máxima perdurabilidad en la historia española) y 1939 (final de nuestra última guerra civil y huida en pleno al extranjero de los parlamentarios de las últimas Cortes de la II República en el marco de un exilio masivo).

La obra es continuación de un tomo precedente editado por la misma entidad en 1993 bajo la coordinación de J. Agirreazkuenaga, S. Serrano Abad y los hermanos José Ramón y Mikel Urquijo, coincidentes en parte con los actuales coordinadores. Por ello, y por los excelentes resultados cosechados en el anterior, en el tomo ahora presentado se sigue similar metodología, ciertamente minuciosa e innovadora en cuanto a la selección de las personalidades biografiadas, elaboración de la ficha técnica de cada biografía, y amplia utilización en su diseño y ejecución de fuentes documentales inéditas procedentes de archivos públicos y privados, así como hemerográficas, bibliográficas e iconográficas. El tomo presente se cierra en su 3<sup>er</sup> volumen con unos detallados Índices de Fuentes y Bibliografía, y otros no menos útiles Onomástico y Toponímico, imprescindibles en una obra de esta naturaleza, necesariamente densa y compleja.

Por todo ello debemos felicitarlos por la aparición de este 2<sup>o</sup> tomo del *Diccionario biográfico de los parlamentarios de Vasconia*, con el que se cierra por el momento un esfuerzo investigador digno de todos los elogios. Tanto por su magnitud (609 diputados y